

to, puesto que su miseria actual no tiene nada que perder.»

Se admiraron en un principio de estas exigencias, y concluyeron por indignarse; le ofrecieron condiciones menos onerosas para la corona, pero á pesar de su indigencia no quiso ceder. Cansado, pero no vencido, por diez y ocho años de pruebas desde el día en que se mostró con su pensamiento que ofrecía á las potencias de la tierra, se hubiera avergonzado de rebajar el precio del donativo que Dios le había hecho. Se retiró respetuosamente de las conferencias con los comisarios de Fernando, y cabalgó solo y desnudo sobre una mula, presente de la reina, y volvió á tomar el camino de Córdoba, para dirigirse desde este punto á Francia.

XXIII.

Isabel, al saber la partida de su protegido, tuvo como el presentimiento de las grandes cosas que se alejaban para siempre de su lado con este hombre predestinado. Indignése contra sus comisarios que ajustaban con Dios, exclamó ella, el precio de un sin precio, y sobre todo el precio de millones de almas entregadas por su culpa á la idolatría. La marquesa de Moya y Quintanilla animaron con su elocuencia sus remordimientos. El rey, mas frio y mas calculador, titubeaba; el gasto de la empresa en un momento de penuria del tesoro le detenía. «Y bien, esclamó en un arranque de generoso entusiasmo Isabel, yo me encargo sola de la empresa, por mi corona personal de Castilla. Yo daré mis joyas y mis diamantes para subvenir á los gastos del armamento.»

Este arranque de corazón de una muger triunfó de la economía del rey, y por un cálculo mas sublime, adquirió incalculables tesoros de riquezas y de provincias para estas dos monarquías. El desinterés inspirado por el entusiasmo es la verdadera economía de las almas grandes y la verdadera sabiduría de los grandes políticos.

Corrieron al punto detrás del fugitivo: el mensajero que la reina le envió para llamarle le encontró á algunas leguas de Granada, en el puente de Pinos, famoso desfiladero situado entre las rocas donde los moros y los cristianos habian frecuentemente confundido su sangre con las aguas del torrente que separaba las dos razas. Colon enternecido volvió á echarse á los pies de Isabel. Esta, obtuvo por sus lágrimas del rey Fernando la ratificación de las condiciones exigidas por Colon. Sirviendo la causa abandonada de este hombre grande, creía servir la causa de Dios á quien no conocía aquella parte del género humano que iba á conquistar á la fé: veía el reino celestial

en las adquisiciones que su favorito iba á hacer á su imperio, y Fernando miraba allí su monarquía terrestre. Soldado de la cristiandad en España y vencedor de los moros, todos cuantos fieles añadía á la fé de Roma, aumentaban el número de sus súbditos por el papa; los millones de hombres que iba á ligar con el cristianismo con los descubrimientos de este aventurero se los entregaba de antemano en plena posesion las bulas de la corte de Roma. Todo el que no era cristiano, á sus ojos, era esclavo de derecho; toda aquella parte de la humanidad que no estaba señalada con el sello de Cristo, no tenia tampoco el sello del hombre.

El tratado entre Fernando, Isabel y este pobre aventurero genovés, que se habia echado á sus pies algunos años antes en su capital, no teniendo otro asilo que la hospitalidad á las puertas de un monasterio, fué firmado en la vega de Granada el 47 de abril de 1492. Isabel tomó por su cuenta los gastos de la expedición; nada mas justo que la primera que habia creído arriesgar mas en la empresa, y nada mas justo tambien, que la gloria y el reconocimiento del éxito se unieran antes que á otro nombre al suyo. Asignése á Colon el pequeño puerto de Palos, en Andalucía, por centro de organización de la expedición y por punto de partida de su escuadra. El pensamiento concebido en el monasterio de la Rábida, cerca de Palos, por Juan Perez, y por sus amigos en su primer encuentro con Colon, volvia al punto de donde habia partido. El prior de este monasterio iba á presidir los preparativos y á ver desde su ermita la primera vela de su amigo desplegarse hácia el mundo desconocido que habian visto juntos con la mirada del genio y de la fé.

XXIV.

Obstáculos numerosos, imprevistos, insuperables en la apariencia, se opusieron de nuevo á los favores de Isabel y al cumplimiento de las promesas de Fernando. Faltó el dinero en el tesoro real; las naves destinadas á expediciones mas urgentes se alejaban de los puertos de España: los marineros enganchados para una travesía tan larga y tan misteriosa, se negaban ó desertaban á medida que se iban reclutando. Las ciudades del litoral, obligadas por orden de la corte á suministrar lo mas necesario, dudaron obedecer, y desarmaron las naves condenadas, en la opinion general, á una pérdida cierta. La incredulidad, el terror, la envidia, la avaricia rompieron cien veces en las manos de Colon y de los agentes de la corte los medios materiales de ejecución que el favor de Isabel habia puesto á su disposición. Parecía que un genio fatal, obstinado en lu-

char contra el genio de la unidad de la tierra, queria separar para siempre estos dos mundos que el pensamiento de un solo hombre trataba de unir.

Colon lo presidia todo desde lo interior del monasterio de la Rábida, donde su amigo, el prior Juan Perez, le habia dado nuevamente hospitalidad. Sin la intervencion y la influencia de este pobre religioso, la expedición ordenada hubiera fracasado definitivamente, porque todas las órdenes de la corte eran impotentes y desobedecidas; pero el monge halló recursos en sus amigos de Palos: se fiaron en su fé, y en sus consejos. Tres hermanos, ricos y navegantes de Palos, los Pinzones, se sintieron por fin penetrados de la convicción y la esperanza que inspiraban al amigo de Colon. Creyeron oír la voz de Dios en este anciano solitario; se asociaron espontáneamente á la empresa; suministraron el dinero, aparejaron tres naves llamadas entonces *carabelas*, engancharon marineros de los puertos de Palos y de Moguer, y para dar á la vez impulso y ejemplo de confianza á sus marinos, dos de los tres hermanos, Martin Alonso Pinzon y Vicente Pinzon resolvieron embarcarse y tomar mando en los bageles expedicionarios. Merced á esta generosa asistencia de los Pinzones, tres bageles, ó mas bien, tres barcas, la *Santa Maria*, la *Pinta* y la *Niña*, se pusieron en estado de navegar, y se hallaron dispuestos á la expedición el 3 de agosto de 1492.

XXV.

El rayar el día, Colon, acompañado hasta la orilla por el prior y por los religiosos del convento de la Rábida, que bendijeron el mar y sus velas, abrazó á su hijo, que confiaba á los cuidados de Juan Perez, y subió sobre la mas grande de sus tres naves, la *Santa Maria*. Enarboló su pabellon de almirante de un Océano ignorado y de un virey de tierras desconocidas. El pueblo de los puertos y de la costa se apiñaba en inmensurable multitud sobre la ribera para presenciar esta partida, cuyo regreso creían imposible las preocupaciones populares. Aquello parecia un séquito fúnebre mas bien que un saludo de dichosa travesía; habia allí mas tristeza que esperanza, mas lágrimas que aclamaciones. Las madres, las mugeres, las hermanas de los marineros maldecían en voz baja á aquel funesto extranjero que habia seducido con sus palabras encantadoras el ánimo de la reina, y que tomaba tantas vidas de hombres bajo la responsabilidad de uno de sus sueños. Colon, como todos los hombres que conducen á un pueblo mas allá de sus preocupaciones, seguido con violencia, entraba en lo desconocido, en medio de las maldiciones y de

las murmuraciones. Esta es la ley de las cosas humanas; todo lo que sobrepuja á la humanidad basta para conquistarle una idea, una verdad ó un mundo, la hace murmurar. El hombre es como el Océano, tiene una tendencia al movimiento y un peso natural hácia la inmovilidad: de estas dos tendencias contrarias nace el equilibrio de su naturaleza. ¡Desgraciado el que le rompe!

SEGUNDA PARTE.

L.

El aspecto de esta flotilla, apenas comparable á la expedición de pesca ó de tráfico sobre la costa, era muy propio para contrastar en los ojos y en el alma del pueblo, con la grandeza y los peligros que iba temerariamente á afrontar. De las tres barcas de Colon solamente una tenia puente, es decir, la que él montaba. Era un angosto y débil navio mercante, ya viejo y castigado por las olas; las otras dos barcas no tenian puentes; una ota demasiado hinchada hubiera sido suficiente para sumergirlas. Pero la popa y la proa de estas dos barcas, eran muy elevadas á las olas, como las antiguas galeras, tenian dos semi-puentes, cuyo vacío daba asilo á los marineros en las borrascas é impedía que el peso de una ola embarcada hiciese zozobrar la carabela. Estas barcas llevaban dos mástiles, el uno en medio y el otro hácia la proa del buque. El primero de estos dos mástiles no llevaba mas que una vela cuadrada y el segundo una vela latina triangular; largos remos y rara y difícilmente empleados se adaptaban en tiempo de calma á las maniobras de la embarcación, y en caso de necesidad imprimían un lento impulso al bastimento. Sobre estos tres buques desiguales en tamaño dispuso Colon los ciento veinte hombres que componían toda su tripulación. Solo él iba allí con semblante sereno, con mirada tranquila y con firmeza de corazón. Sus conjeturas habian tomado, durante el periodo de diez y ocho años, en su ánimo el aspecto de la certidumbre. Ann cuando habia llegado á mas de la mitad del término de su vida y entraba á cumplir los cincuenta y siete años, miraba como nada los que habia dejado atrás; sentía interiormente la juventud de la esperanza y el porvenir de la inmortalidad. Yendo á tomar posesion de estos dos mundos, hácia los cuales encaminaba sus velas, escribió y publicó, al subir sobre su nave, una relacion solemne de todas las fases que su espíritu y su fortuna habian recorrido hasta entonces para concebir y ejecutar su designio: á esta relacion añadía la enumeración de todos

los títulos, de todos los honores, de todos los mandos de que acababa de ser investido por sus soberanos sobre sus futuras posesiones, é invocó á Dios y á los hombres en proteccion de su fé y en testimonio de su constancia. «Y por esto, dice al terminar esta proclama al antiguo y al nuevo mundo, me condeno á no dormir durante esta navegacion y el cumplimiento de estas cosas.»

II.

Una brisa feliz, que soplabá de Europa, le condujo tranquilamente hácia las islas Canarias, último alto de los navegantes sobre el Océano. Dando gracias á Dios por estos augurios, que contribuían á tranquilizar á su tripulacion, hubiera solamente preferido que un viento tempestuoso le hubiese llevado á toda vela fuera de los parages conocidos y frecuentados por los navegantes. Temia con razon que la vista de las costas lejanas de España entristecieran, por los invencibles atractivos de la patria los ojos y el corazon de los marinos irresolutos y tímidos, que dudaban todavía al embarcarse. En las empresas supremas es preciso no dar á los hombres el tiempo de la reflexion y las ocasiones del arrepentimiento. Colon lo sabia; ardia por lo tanto en deseos de pasar los límites de las olas conocidas, y de tener él solo la posibilidad del regreso en el secreto de su ruta, de sus cartas y de su brújula. Su impaciencia por perder de vista las riberas del antiguo continente era demasiado profunda. Una de sus naves, la *Pinta*, cuyo timon se habia roto y que hacia aguas en su cala, le hizo buscar á pesar suyo las islas Canarias, para cambiar allí esta embarcacion con otra. Perdió cerca de tres semanas en estos puertos, sin poder encontrar allí una nave á propósito á su larga travesía, y se vió obligado á componer la *Pinta* y dar otra modificacion á la *Niña*, su tercera conserva, barca maciza y perezosa, que siempre se atrasaba en su marcha. Renovó allí sus provisiones de agua y de víveres; sus estrechos bastimientos y sin puente no le permitian llevar la vida de sus ciento veinte hombres mas que para un número de dias contados.

Después de haber dejado las Canarias, el aspecto del volcan de Tenerife, cuya erupcion inflamaba el cielo y reverberaba en el mar, introdujo el terror en el alma de sus marineros; creyeron ver allí el acero ardiente del ángel que lanzó al primer hombre del Eden, prohibiendo á los hijos de Adán la entrada en los mares y en las tierras vedadas. El almirante pasó de nave en nave para disipar el pánico popular y para explicar científicamente á estos hombres sin instruccion las leyes físicas de este fenómeno, pero la desaparicion del pico de

Tenerife cuando se quedó debajo del horizonte imprimió en ellos tanta tristeza, como espanto y miedo les habia inspirado su cráter. Era para ellos el último límite, el último faro del universo antiguo. Al perderle de vista, creyeron haber perdido hasta la guia de su camino al través de un espacio incomensurable; se creyeron como separados de la tierra y navegando en ether de otro planeta; una postracion general de ánimo y de cuerpo se apoderó de ellos. Eran como espectros que han perdido hasta su tumba. El almirante los reunió de nuevo en su derredor, sobre su misma nave; despertó sus almas con la energía de la suya, y entregándose como el poeta de lo desconocido á la inspiracion elocuente de sus esperanzas, les describió, como si él las hubiese ya frecuentado, las tierras, las islas, los mares, los reinos, las riquezas, las vegetaciones, los soles, las minas de oro, las playas arenosas de perlas, las montañas deslumbrantes de piedras preciosas, las llanuras embalsamadas de especias, que se elevaban ya para él al otro lado de este espacio. Estas imágenes pintadas con los colores deslumbrantes de la opulenta imaginacion de su gefe, embriagaron y animaron aquellos débiles corazones; los vientos alisios soplaban constantemente con dulzura del Este, pareciendo que secundaban la impaciencia de los marineros. Solo la distancia podia desde entonces amedrentarles. Colon para quitarles una parte del espacio al través del cual los conducia, sustraió todos los dias de su cálculo de leguas marinas una parte de la distancia recorrida, y engañaba de este modo la imaginacion de sus marineros. Solo él notaba la verdadera distancia que habia recorrido, á fin de conocer solo él tambien el número de olas que aun le quedaban que atravesar, y los surcos de la ruta que queria ocultar como su secreto á sus rivales. Los tripulantes, en efecto, ilusionados por el giro igual del viento y por la apacible oscilacion de las olas se figuraban flotar lentamente en los últimos mares de Europa.

III.

Tambien hubiera deseado ocultarles un fenómeno que desconcertó su propia ciencia á doscientas leguas de Tenerife. Era la variacion de la aguja imantada de la brújula, último, y segun él, inefable guia que variaba los límites de un hemisferio no frecuentado. Durante algunos dias llevó consigo mismo esta duda terrible; pero sus pilotos atentos como él, se apercebieron bien pronto de estas variaciones: sobrecogidos de la misma admiracion, pero menos firmes que su gefe en la inalterable resolucion de desafiar á la misma naturaleza, creyeron que hasta los elementos se turbaban

6 cambiaban de ley al borde del espacio infinito. El vértigo que suponian en la naturaleza se transmitió á su alma, se comunicaron pali-deciendo su duda, y abandonaron las naves á la voluntad de las olas y de los vientos, únicos guias que les quedaban desde entonces. Su desacierto consternó á todos los marineros. Colon, que buscaba explicarse él mismo un misterio, cuya razon busca hoy todavía la ciencia, recurrió á su poderosa imaginacion, brújula íntima de que se sirvió dotalle el cielo. Inventó una falsa explicacion, pero espiciosa para entendimientos sin cultura, de las variaciones de la aguja imantada. Atribuyó este fenómeno á nuevos astros que circulaban en rededor del polo, que atraía la aguja segun los movimientos alternativos del firmamento. Esta explicacion, conforme á los principios astrológicos del tiempo, satisfizo á los pilotos y su credulidad prestó fé á los marineros. La presencia de una garza y de otra ave de los trópicos, que aparecieron á la siguiente mañana revoloteando en derredor de los mástiles de las flotillas, obró sobre los sentidos lo que el almirante habia obrado sobre los pensamientos. Estos dos habitantes terrestres no podian vivir sobre un Océano sin árboles, sin yerbas y sin aguas; se presentaron como dos testigos que venian á certificar, ante el testimonio ocular, las meditaciones de Colon. Bogaron con mas seguridad fundados en la fé de un pájaro. La temperatura suave, igual y serena de esta parte del Océano, la limpidez del cielo, la transparencia de las olas, los giros de los del-fines en derredor de la proa, la tirantez del aire, los perfumes que las olas atraen de lejos y que parecian respirar en las espumas, las luces más vivas de las constelaciones y de las estrellas durante la noche, todo parecia en estas latitudes penetrar los sentidos de serenidad como las almas de convicción. Se respiraban los presagios del mundo todavía invisible; se acordaban de los dias resplandecientes, de los astros amigos, de las tinieblas aun luminosas de las primaveras de Andalucía. «No faltaba allí, escribe Colon, mas que el señor.»

IV.

La mar comenzaba tambien á demostrar sus presagios, sobre la cual flotaban á menudo plantas desconocidas: uvas, dicen los historiadores de esta primera travesía eran plantas marinas que no podian crecer mas que en las riberas; otras, plantas saxiluvias, que las olas elevaban hasta las rocas; otras, plantas fluviales; algunas aparecian sacadas de raiz y conservaban la verdura de su savia; una de ellas llevaba una langosta viva, navegante embarcado sobre un monton de yerba. Estas plantas

y estos seres vivientes no podian haber pasado muchos dias sobre el agua sin morirse de hambre. Un ave de la especie de aquellas que no se cazan sobre las olas y que no duermen nunca sobre el agua atravesó el cielo. ¿De dónde venia? ¿A dónde iba? ¿Debia estar su morada muy lejana? Mas lejos, el Océano cambiaba de temperatura y de color, indicios de fondos variados; por otra parte, el mar parecia una inmensa llanura ó pradera marina; por la tarde y por la mañana las brumas lejanas, tales como las que se adhieren á las grandes cimas del globo, afectaban en el horizonte las formas de playas y de montañas. El grito de tierra estaba ya casi en los labios de los navegadores. Colon no queria ni confirmar demasiado ni extinguir estas esperanzas que auxiliaban sus designios animando á sus compañeros; pero no se creía mas que á trescientas leguas de Tenerife, y segun sus conjeturas no encontraría la tierra que buscaba mas que á setecientas ú ochocientas leguas mas lejos.

V.

No obstante, se reservaba sus conjeturas, pues no tenia amigos entre sus compañeros, cuyo corazon fuese tan firme que igualase su constancia de una manera bastante segura para contener sus secretas aprensiones. No tenia en esta larga travesía conversacion mas que con sus propios pensamientos, con los astros y con Dios, del cual se tenia por confidente. Casi sin dormir, como lo habia dicho en su proclama de despedida al antiguo mundo, pasaba los dias enteros en su cámara de popa, anotando en caracteres, inteligibles para él solo, los grados, las latitudes, los espacios que suponía haber atravesado; pasaba las noches sobre el puente, al lado de sus pilotos, estudiando los astros y vigilando el mar. Casi siempre solo como Moisés conduciendo al pueblo de Dios en el desierto, imprimiendo en sus compañeros con su grave reflexion, ora respeto, ora desconfianza, ora una especie de terror que alejaba á los que estaban á su lado; aislamiento ó distancia que se nota muchas veces cerca de los hombres superiores en ideas y en resolucion á sus semejantes, bien porque estos genios inspirados tengan necesidad de mas soledad y de recogimiento para hablar consigo mismos, bien porque los hombres inferiores á quien ellos intimidan, no quieran aproximarse mucho á aquellos, temiendo medirse con estas altas naturalezas para sentir su pequeñez delante de estas grandezas morales de la creacion

VI.

La tierra tantas veces indicada no se mostraba, sin embargo, mas que en la imaginación de los marineros; todas las mañanas se disipaban delante de las proas de las naves, los horizontes fantásticos que la bruma de la noche les había hecho tomar por costas. Iban sumergiéndose siempre como en un abismo sin limite y sin fondo. La regularidad y la constancia del viento Este que los secundaba sin que tuviesen que orientar una vez sola sus velas despues de tantos dias, era para ellos una causa de turbación. Empezaron á imaginarse que este viento reinaba eternamente el mismo en esta region del Grande Océano, centro del globo, y que despues de haberlos hecho descender con tanta felicidad hácia el Oeste, esto mismo sería un inmensurable obstáculo para su regreso. ¿Cómo subirían jamás aquella corriente de vientos contrarios de otro modo que abriendo los espacios de una manera increíble? Y aun cuando así sucediera, ¿cómo los viveres, ya casi consumidos, bastarían para tantos meses de navegacion? ¿Quién los libertaría de la horrible perspectiva de morir de hambre y de sed en su larga lucha con estos vientos que los alejaban de sus puertos? Muchos comenzaron á calcular el número de dias, acerca de las raciones que necesitaban y á murmurar contra una obstinacion siempre engañosa de su gefe, y á reconvenirse en voz baja de una perseverancia que sacrificaba las vidas de ciento veinte hombres á la demencia de uno solo.

Pero cada vez que el murmullo se adelantaba casi hasta la sedicion, la Providencia parecia enviarles presagios mas convincentes y mas inesperados para recobrar nuevas esperanzas. Así, el 20 de setiembre estos vientos favorables, pero alarmanes por su fijeza, variaron y pasaron al Sud-Oeste, los marineros saludaron este cambio, aunque contrario á su camino, como un signo de vida y de movilidad en los elementos, que les hacia reconocer una palpitation del aire sobre sus velas. Por la tarde pájaros pequeños de las razas mas débiles, que fabrican sus nidos en los arbustos y en los vergeles domésticos, comenzaron á revolotear en derredor de los mástiles. Sus frágiles alas y sus gozosos trinos no indicaban en ellos ningun sintoma de laxitud ó espanto, como en el vuelo de los pájaros que hubieran sido llevados á su pesar á los mares por un golpe de viento. Sus cantos, parecidos á los que oían los marineros entre los mirtos y en los bosques de naranjos de Andalucía, les recordaban su patria y les anunciaban la proximidad de las riberas. Creyeron reconocer una especie de golondrina que habita siempre en los techos de las casas; vieron otra vez yer-

bas y ramas en mayor cantidad; la vegetación oculta debajo del agua aparecía antes que la tierra; esta vegetación encantaba los ojos de los marinos, cansados ya del eterno azul de las olas. Pero llegaron á ser bien pronto tan espesas por las yerbas que contenían, que temieron encallase su timon y su quilla y verse detenidos, cautivos en estos juncos del Océano como las naves del mar del Norte en los hielos. Así todas las alegrías se convertían pronto en alarmas. ¡Tanto terror causa lo desconocido en el corazón del hombre! Colon, semejante á un goia que busca su ruta á través de estos misterios del Océano, se veía obligado á aparentar que comprendía perfectamente lo mismo que le admiraba, é inventaba una explicación para cada cosa de las que admiraban á sus marineros.

VII.

Una calma imprevista produjo en ellos la mas grande consternacion. Si todo, hasta el viento moria en estos parages; ¿quién devolvería el soplo á sus velas y el movimiento á sus bageles? De repente se encontró el mar sin viento; supusieron desde luego que se verificaba una convulsion subterránea; apareció dormida una inmensa ballena y creyeron ver un monstruo devorando las naves. La ondulacion de las olas los llevaba sobre corrientes que no podían atravesar faltos de viento; se figuraron que se acercaban á las cataratas del mar y que iban á ser impulsados á abismos ó recipientes donde el diluvio había amontonado sus mundos de agua. Todos se agruparon sombríos é irritados al pie de los mástiles y se comunicaban en voz mas alta sus murmullos; hablaban de obligar á los pilotos á virar de bordo y de arrojar al almirante al mar como á un insensato que no dejaba á sus compañeros otra alternativa que el suicidio ó la muerte. Viendo Colon estas murmuraciones comprendió que existía un complot, y los afrontaba con su actitud ó los desconcertaba con su confianza.

La naturaleza vino en su socorro haciendo que soplasen de nuevo los vientos frescos de Este, allanando el mar bajo sus proas. Antes que terminara el dia, Alonso Pinzon que mandaba la *Pinta* y que navegaba bastante cerca del almirante para poder hablar con él, lanzó el primer grito de ¡tierra! desde lo alto de la popa. Todos los tripulantes, repitiendo este grito de saludo, de vida y de triunfo, se postraron de rodillas sobre los puentes y entonaron el himno de *Gloria á Dios en las alturas!*

Este religioso canto, primer himno dirigido á Dios desde el seno de este nuevo Océano retumbó lentamente por aquella bóveda mari-

na. Cuando cesó, todo el mundo subió á los mástiles mas elevados de las naves para tomar posesion con sus propios ojos de la ribera entrevista por Pinzon al Sud-Oeste. Colon solo dudaba; pero le gustaba creer para contradecir solo el delirio de sus tripulantes. Aunque él no buscaba su tierra donde los otros creían haberla hallado, se dejó gobernar al Sur durante toda la noche; consiente mejor en variar un poco de su ruta para complacer á sus compañeros que perder la popularidad pasajera debida á su ilusion, la cual se disipó bien pronto á los primeros rayos del sol. La tierra imaginaria de Pinzon se había desvanecido con la bruma de la noche, y el almirante volvió á tomar el camino de sus pensamientos hácia el Oeste.

VIII.

El Océano allanó de nuevo su superficie, el sol sin nubes y sin límites reverberaba como en un segundo cielo, y las olas acariciadoras coronaban la proa con ligeras espumas. Los delfines mas numerosos no abandonaban las naves, y todo parecia concertar con Colon en la naturaleza para conducir por una esperanza renaciente á sus marineros que olvidaban los dias. El 4.º de octubre se imaginaban no haber hecho mas que seiscientas leguas fuera de los parages frecuentados de los navegantes; pero el libro secreto de cálculos del almirante acusaba mas de ochocientas. Sin embargo, todos los signos de la proximidad de la tierra se multiplicaban en su derredor, pero no veían la tierra á través del horizonte; el terror volvió á apoderarse de ellos. El mismo Colon, bajo su aparente calma se turbó y dudó; temía haber pasado sin verlas al través de las islas de un archipiélago, de haber dejado atrás la estremidad del Asia que buscaba y de haberse extraviado ahora en algun otro Océano.

La mas ligera de sus barcas, la *Niña*, que navegaba á vanguardia, el 7 de octubre, izó en fin su pabellon de descubrimiento, tiró un cañonazo de alegría para anunciar una costa á los otros dos bageles. Al aproximarse reconocieron que la *Niña* se había engañado; una nube le pareció una poblacion; el viento habiéndola traído en los aires les trajo esta corta alegría, la que se cambió en consternacion; nada fatiga el corazón de los hombres tanto, como estas alternativas de falsas alegrías y de amargas decepciones. Estos son los sarcasmos de la fortuna, y por lo tanto volvieron á estallar las reconvenções contra el almirante. No era ya la fatiga lo que los tripulantes imputaban en el almirante, era la vida sacrificada sin esperanza. El pan y el agua iban á faltar.

Colon, desconcertado por la inmensidad de este espacio, cuyos límites pensó haber toca-

do, abandonó su camino ideal trazado sobre su carta, y siguió dos dias y dos noches el vuelo de las aves, pilotos celestes que la Providencia parecia enviarle en el momento en que la ciencia humana desfallecía. El instinto de estas aves, decía, no las dirigiría á todas hácia este punto del horizonte si ellas no viesen una ribera. Pero las aves mismas parecían á los ojos de los marineros, que se entendían con el desierto del Océano y con los mentirosos astros para jugar con sus naves y con sus vidas. Al fin del tercer dia, los pilotos, subidos en los mástiles á la hora en que el sol descende en el horizonte, le vieron sumergirse en las mismas olas de donde se elevaba en vano despues de tantas auroras. Creyeron en el infinito de las aguas, y la desesperacion que los abatia se cambió en sordo furor. ¿Qué podrían hacer ahora con un gefe que había engañado á la corte, y cuyos títulos y autoridad había sorprendido la confianza de sus soberanos, y que iban á perecer con sus ilusiones? ¿El seguir mas lejos, no era asociarse á su crimen? ¿La obediencia no concluía donde concluía el mundo? ¿Quedaba otra esperanza que volver las proas hácia Europa, luchar contra aquellos vientos, cómplices del almirante, y atar al almirante á un mástil para que fuese objeto de la maldicion de los moribundos, si era preciso morir, ó para entregarle á la venganza de España si el cielo les permitía volver á sus puertos?

Estos murmullos se convirtieron en clamores. El intrépido almirante los contuvo con la impassibilidad de su rostro. Invocó contra los sediciosos la autoridad, sagrada para los súbditos de los soberanos de cuyas facultades se veía investido; invocó al mismo cielo, juez en este momento entre ellos y él; no se intimidó y ofreció su vida en cambio de sus promesas; solamente les pidió, con el acento de un profeta que ve lo que no ve el vulgo, que esperasen tres dias para deshacer su incredulidad y su irresolucion. Les hizo formal juramento, juramento temerario, pero político, que si durante el curso de tres soles la tierra no era visible en el horizonte, que los obedeciera y regresarian á Europa. Los signos reveladores de la proximidad de las islas ó de los continentes eran tan visibles á los ojos del almirante, que al mendigar estos tres dias á sus revolucionarios tripulantes, se creía cierto de conducirlos al fin que se proponía. Los hombres, no sin repugnancia le concedieron estos tres dias, y Dios que le inspiraba, no le castigó por esperar tanto de él.

IX.

Al amanecer del segundo dia rodearon los bageles un sin número de juncos sacados de